


Luz Broto

CUATRO PAREDES

15.09. – 30.10.2021

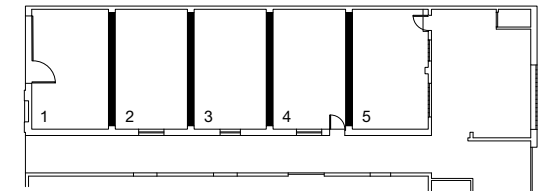
Imagen y texto: Luz Broto
Textos hojas de sala: Élia Bagó (1), Berta Gutierrez (2),
Sonia Fernández Pan (3), Helena Grande (4), Lucía Jalón Oyarzun (5)
Construcción: Ildam
Con la colaboración de Gerardo Van Waalwijk
y el apoyo de:

Diseño de la colección: Katharina Hetzener
Impreso por Ferran Fandos en l'Automàtica y en CopiServei
ethall, c. Salvador 24, 08902 Hospitalet de Llobregat, Barcelona
De martes a viernes de 11h a 15h y con cita previa

Proposición:
Prolongar los pilares

Hemos construido cuatro paredes de 5,38x4,11m. Estas medidas resultan de la distancia entre los pilares de la sala y el alto de los mismos. Cada pared es la prolongación de una pareja de pilares enfrentados. Como resultado, la sala ha quedado dividida en cinco espacios.

La galería tiene tres puertas de entrada. Hemos abierto las tres ventanas que suelen estar cerradas. De esta manera, cada una de las nuevas estancias tiene una abertura por la que se puede entrar o mirar.

Entre las dos caras de cada pared hay un espacio de unos 30 cm que corresponde al ancho del pilar. Dentro, en la parte superior, han quedado ocultas las vigas y las luces que cuelgan de éstas, alumbrando este interior de las paredes. La luz natural ilumina cada estancia de manera diferente, cambiando a lo largo del día. Hemos encargado a cinco autoras, que trabajan en el ámbito del arte, la arquitectura y el diseño, escribir un texto para cada una de las estancias. Cada texto ocupa una hoja que guarda la proporción real de la estancia a la que hace referencia.



Proposició:
Prolongar els pilars

Hem construït quatre parets de 5,38x4,11m. Les mesures resulten de la distància entre els pilars de la sala i l'alçada d'aquests. Cada paret és la prolongació d'una parella de pilars enfrontats.

Com a resultat, la sala ha quedat dividida en cinc espais. La galeria té tres portes d'entrada. Hem obert les tres finestres que solen estar tancades. D'aquesta manera, cadascuna de les noves estances té una obertura per la qual es pot entrar o mirar.

Entre les dues cares de cada paret hi ha un espai d'uns 30 cm que correspon a l'ample del pilar. Dins, a la part superior, han quedat ocultes les bigues i les llums que pegen d'aquestes, il·luminant l'interior de les parets. La llum natural il·lumina cada estança de manera diferent, canviant al llarg del dia.

Hem encarregat a cinc autors, que treballen en l'àmbit de l'art, l'arquitectura i el disseny, escriure un text per a cadascuna de les estances. Cada text ocupa un full que guarda la proporció real de l'estança a la qual fa referència.

Una estancia de 21 m² con una puerta de cristal a la calle, de 270 x 330 cm y tres ventanas superiores, un vano con reja abierto, una claraboya, una gotera.

Las paredes que dan medida a esta estancia forman parte de un edificio que ha cambiado su función. Aparte de la pintura blanca de las paredes y el suelo pulido, hay un objeto en ella que antes no pertenecía al marco que ahora lo sujeta.

El vano que abre el espacio para que este sea accesible se comunica hacia dentro y fuera con una nueva puerta. Antes solo había una persiana y probablemente antes una gran puerta de doble hoja opaca. Ahora la puerta es de cristal y la hoja que abre y cierra es de paso individual.

La pared en la que está abierto este vano es la misma desde que se construyó el edificio. Las paredes permiten crear espacios artificiales, separar y adjudicar funciones. Sin embargo, las paredes sin aberturas cercan un espacio inhabitable. Las puertas, entonces, colocadas en estas aberturas permiten que las cosas cambien, que se adjudiquen nuevas funciones y las viejas salgan; dejan entrar y salir. Devienen, así, un vehículo directo para la identidad simbólica del espacio.

La puerta por la que se accedía al edificio antes está tapiada. ¿Es puerta, es pared? Ahora siempre cierra, pero podría volver a abrir.

En esta estancia, la permeabilidad del espacio ya no se basa solo en la dicotomía abierto/cerrado, sino que la transparencia de la puerta permite otra posibilidad: ver el otro lado sin estar allí. Dejar entrar la luz natural, ver dentro y fuera. Entrar y salir de una en una o sacar y meter grandes objetos si se usan las dos hojas. Cerrar parcial o totalmente. Son respuestas a lo que la puerta nos dice con el cristal, sus marcos finos de hierro soldado manualmente y sus dos hojas asimétricas, una mucho más estrecha que la otra.

¿Qué dirán las otras puertas de las otras estancias? Las otras son viejas, pero son puertas y están acostumbradas a lidiar con los extraños.

Nuestro cuerpo blando necesita elementos diseñados para crear armonías entre este y lo ajeno. Cuando el afuera o el interior cambian y el edificio impide una nueva comunicación, se genera malestar. Es como caminar con zapatos inadecuados por un suelo salvaje. La suela no hace su función y esto nos impide transitar por el lugar. Si se comunica con un lenguaje adecuado, la puerta es un objeto capaz de dialogar constantemente, deja entrar y salir, entrar y salir, entrar y salir...

Algunas puertas son evidentes, algunas quieren ser fachada, algunas ventana, algunas pared, pero siempre, siempre, acaban confesando su naturaleza. El movimiento de la manilla es un guiño de ojo; un gesto pícaro al que hay que responder con cierto atrevimiento.

- Toc, toc, toc.
- Chac, chac.
- Nyiiiiiiiiiccccc.
- Paff!

¡Qué rara es la esencia de la puerta!

Aunque pueda parecer que se contradicen, no hay lucha entre puerta y pared. La segunda no impide el paso, sino que genera la constante posibilidad de ser perforada y abrirse. Sin pared no hay necesidad de abrir ni cerrar. Sin pared hay vacío y el vacío no tiene función.

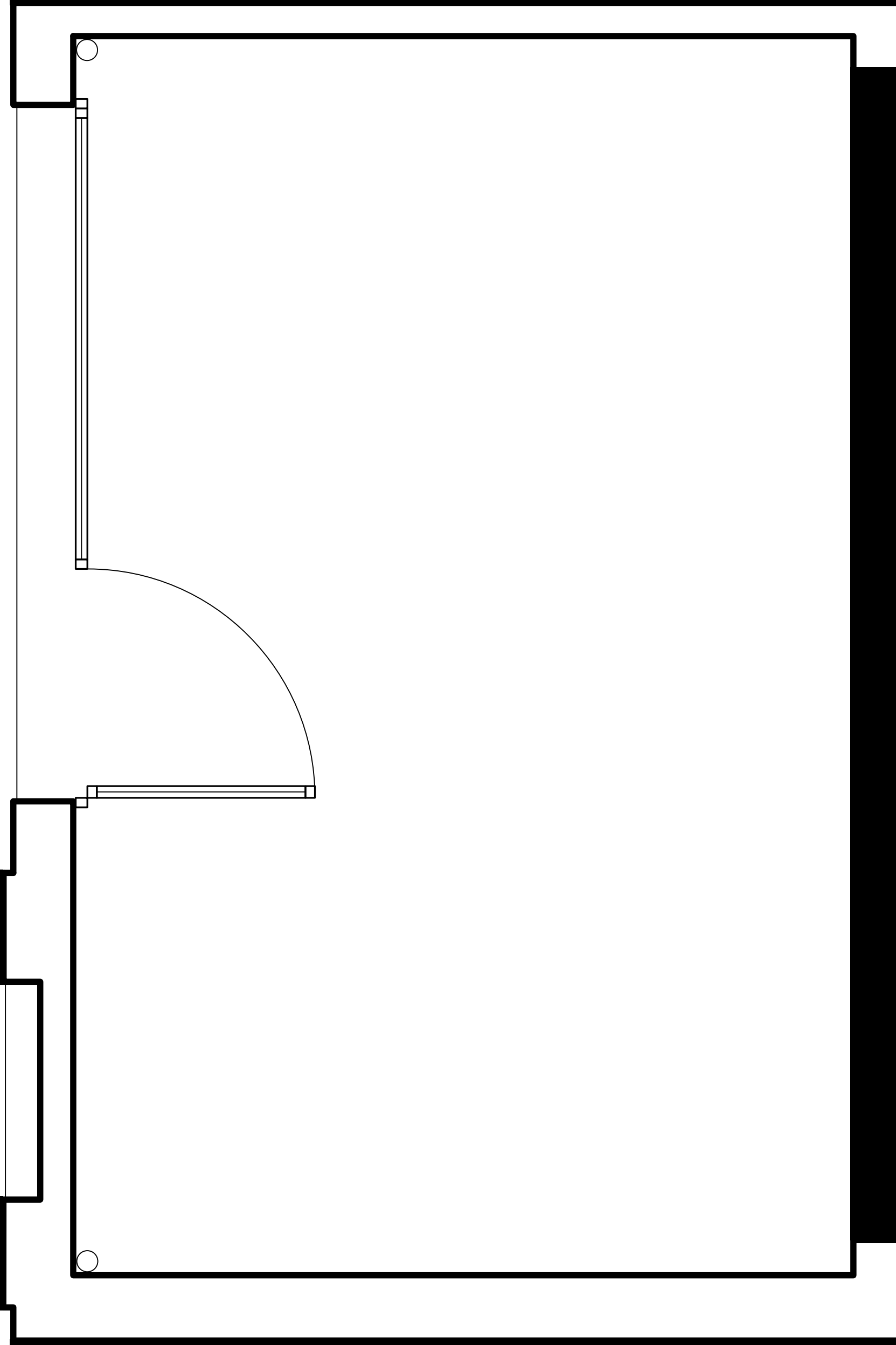
Al colocar paredes, se ha creado un lleno. Este lleno es el que percibís al entrar en este espacio vacío.

VACÍO
PARED:
PARED LLENO PARED
PARED
PARED LLENO PARED
PARED
PARED LLENO PARED
PARED
PARED: LLENO PARED
PARED
PARED LLENO PARED
PARED:
VACÍO

Planta del espacio. Los llenos, por orden de lectura, pueden cambiarse por los nombres: Èlia, Berta, Sonia, Helena, Lucía.

- ¡Llaman a la puerta! – las paredes.
- ¡Llaman a las paredes! – las puertas.

Si llamas a la pared sin puerta, tal vez se abra.



Una estancia de 20 m² con una ventana de madera al pasillo, de 152 x 126 cm y dos hojas con contraventanas interiores y rejas exteriores, frente a otra ventana cerrada, una claraboya.

Las paredes son un invento capital de la arquitectura y si no estuviesen perforadas no habría forma de atravesarlas, obligarían a los cuerpos a pertenecer a un solo mundo, eligiendo entre el cobijo o la luz. De esta evidencia se inventó el agujero y ahora las políticas de la propiedad regulan su tránsito. La fachada se extiende por la ciudad como una frontera entre estancias, entre dos realidades, dos estados: dos maneras políticas de existir como cuerpos. En ese movimiento entre la exterioridad y la interioridad hay dos espacios de representación social: lo público y lo privado. Matta Clark corta como mantequilla la pared con la convicción de que el espacio es un flujo continuo y de que la política debería operar en consecuencia. En ese acto de liberación material reside la potencia de poder explorar diferentes escalas y aproximaciones espaciales.

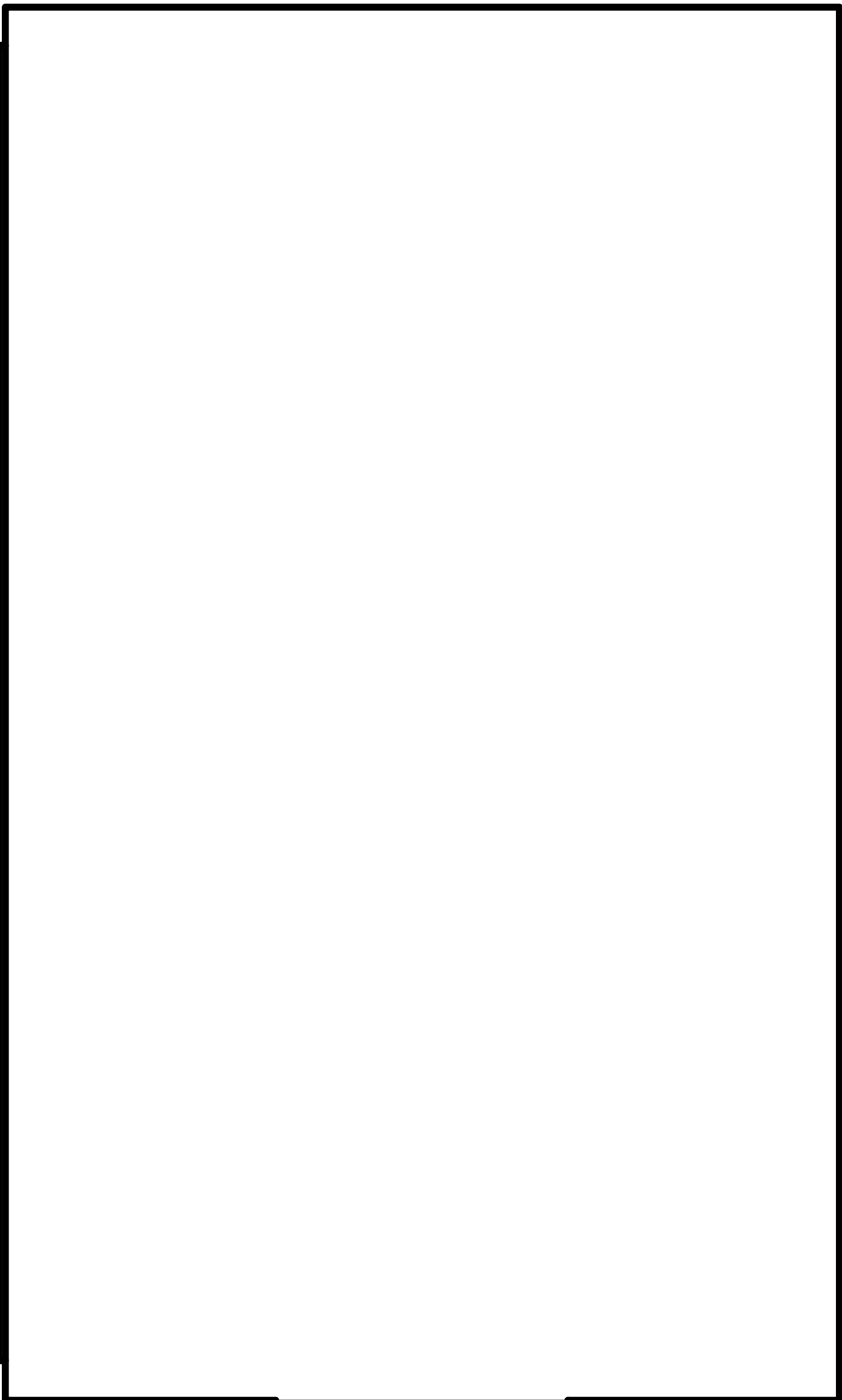
Aquí la sala huele a humedad, a tierra mojada. Aparece en mi cabeza 'El patio de los Leones' en la Alhambra y no es la fuente central lo que capta mi atención, sino un elemento mucho más sutil: una serie de tres pilas en los laterales de la plaza, bajo las arquerías. Se trata de tres piezas circulares socavadas a ras del suelo, llenas de agua corriente y conectadas entre sí bajo el pavimento de mármol. 'Tener una fuente en casa', pienso. Tras las fachadas de los edificios, el sistema de aguas pertenece a la caja negra de las ciudades, los flujos se esconden entre muros y suelos, quizás, por miedo a sacar a la luz el movimiento. Mientras, en ese palacio todo está a la vista, el agua, el cielo, la galaxia son parte de los paisajes de cualquier interior; desvelando así elementos fundacionales de su cultura: su relación con el entorno y los elementos naturales.

Es curioso pensar cómo, en la actualidad, presenciar el estado dinámico de la materia nos paraliza. Preferimos las materialidades sólidas e inamovibles, eso nos da paz, nos deja pensar en nuestras cosas sin prestar demasiada atención a lo molecular. De manera extendida en la disciplina arquitectónica, el uso del movimiento infinitesimal se reduce a cuestiones de seguridad y funcionalidad, no siempre fue así. En la arquitectura contemporánea lo diferencial se anula –se iguala a cero– para llegar a estructuras de aparente neutralidad: los espacios son fijos, rígidos y estáticos. Pero el movimiento siempre está ahí, el agua siempre corre bajo todo pavimento, trepa las paredes o cae en picado hacia cualquier fosa.

Observar con detenimiento los objetos, sus políticas y su composición puede ser una experiencia banal o absolutamente fascinante. Dice Èlia que le gustaría mirar un objeto y, a primera vista, entender los gestos que le dieron forma, sus puntos débiles y sus zonas más rígidas. Así, sacar a la luz todas las operaciones previas a su existencia formal y, de algún modo, democratizar su génesis. Esta experiencia de conocimiento trae de inmediato la cuestión de

la escala: ¿cuántas partículas puedes detectar sosteniendo una taza de café? La mano agarra el asa con firmeza, el extremo inferior del asa ejerce una fuerza perpendicular a la superficie de la taza que equilibra el momento-movimiento giratorio con eje en la muñeca. El vaso es una forma compacta, un sólido de alta viscosidad que absorbe las presiones laterales. El café libera toda la vibración de lo duro en el interior de la taza, desparramando la tensión en un pequeño mar con olas y remolinos. Los sólidos no son sino fluidos de alta viscosidad, se mueven lenta e imperceptiblemente. Lo líquido: agua mansa, agua que brota.

En esta sala el agua pasa por un lateral y conecta las cinco estancias en un flujo continuo, avivando la entropía de una sala 'estática'. Cuatro paredes, una ventana y un canal subterráneo. Las paredes y el suelo se muestran lo suficientemente compactos como para aparentar una resistencia infinita, atemporal. La ventana tiene una reja que imposibilita el tránsito dentro-fuera. Son capas de maquillaje ante una naturaleza más bien pastosa y porosa, una impostura. Oigo el *run-run* como el grave de este ambiente sonoro, un susurro, un latido. 'Tener una fuente en casa', pienso. El agua de Sonia brota por debajo de este agujero, el agua de Helena, la de Lucía. El agujero está tapado con una rejilla. Mi agua llegará a Èlia con una huella de otros gestos. Un eco colectivo. Me deshago de la impostura para llegar a destapar ese material transparente. Quito la rejilla, cabo una pila. Ahora hay un movimiento continuo a la vista, un espacio de posibilidad y una fuente de todas.



Una estancia de 20 m² con una ventana de madera al pasillo, de 167 x 87 cm, de dos hojas con contraventanas interiores y rejas exteriores, frente a otra ventana cerrada, una claraboya.

Si las paredes hablasen es una frase prefabricada que insinúa la contingencia de que algo privado se haga público. Es cierto que existe cierta incompatibilidad entre el lenguaje y los secretos. El relato los expone, las palabras los delatan. Pero las palabras se traicionan las unas a las otras con frecuencia, incluso dentro de una misma frase. El lenguaje es demasiadas cosas a la vez. Alguien lo definió como “la casa del ser”. Yo quizás lo habría llamado “estancia”, agregando la enigmática retroalimentación entre ser y estar. Aunque para mí es más un refugio provisional, o un lugar de paso en el que repetimos muchas frases hechas que funcionan como paredes significantes. También hay esquinas, rincones, cuñas que sostienen puertas que nunca se cierran pero que tampoco se abren del todo. En esta habitación no hay puertas. Me pregunto si una habitación sin puerta puede ser una habitación. Para habitar un espacio es necesario acceder a él. Las puertas nos permiten traspasar paredes, llenarlo todo de cosas innecesarias pero imprescindibles, limpiar fantasmas ajenos, desempaquetar secretos, echar raíces afectivas en lugares de desarraigo. ¿Es posible habitar un espacio en el que no podemos estar?, ¿podemos estar en un espacio que no nos deja entrar? No todos los rituales de bienvenida empiezan con un saludo cordial. Los lugares tienen otras maneras de acceder, permanecer, estar en nosotros. Incluso sin puertas de acceso, el deseo sabe abrirse paso en lo intransitable.

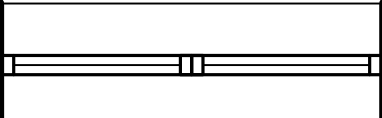
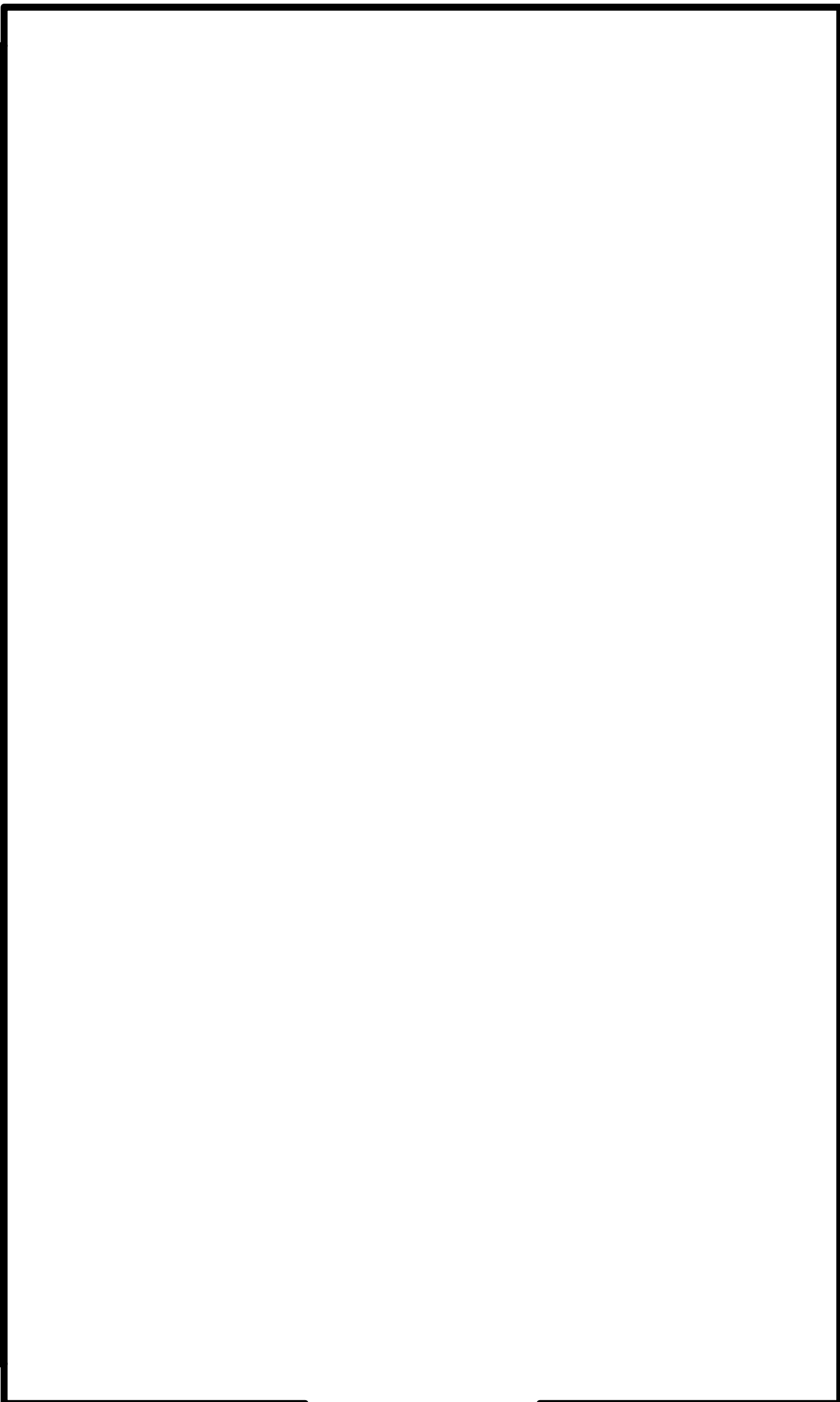
Si las paredes hablasen puede que nos dijese que lleven mucho tiempo hablando. En la cama es más fácil oír las, cuando la vista se esconde detrás de los párpados. La violencia estructural, el sexo intempestivo, las fiestas que bajan el volumen de la música para subir el de los murmullos, la arritmia de los pasos borrachos, la verborrea televisiva, el repicar de los martillos y la furia de los taladros, los gemidos de las puertas cansadas, los fluidos sonámbulos que se mezclan con el resto de aguas que viaja por los desagües... Son muchos los sonidos que salen del vientre de las paredes. Entre ventrílocuas y membranas acústicas, nos recuerdan que tanto el silencio como la intimidad son siempre relativos, una percepción subjetiva aunque consensuada del entorno. Dicen que la memoria de las paredes es tan grande como la de los materiales que las componen. Esta idea es tan poética como anti-literaria. Lo mismo me pasa con la arquitectura, que se vuelve densa-compacta-aburrida al intentar explicarla. El impulso del gesto poético se agota en la seguridad de muchas formas. Hay una relación entre el polvo y el gesto poético que no sé si puedo o quiero explicar. Me basta con saber que el polvo que se acumula en este espacio de apenas 20m² es el mismo polvo que habita el universo. Por las mañanas

es posible ver una nebulosa de partículas de polvo y fotones en movimiento. Que la luz sea a la vez onda y partícula es algo que tampoco consigo entender del todo. Pero sé que a diferencia del sonido, la luz sí puede propagarse en el vacío.

El otro día soñé que las paredes crecían. Todo empezaba con un bostezo del suelo que despertaba a las paredes. Se estiraban una por una, hasta llegar al techo de madera, que al igual que yo no entendía la determinación de los muros en abandonar la comodidad de un letargo ancestral. Dormio ergo non sum. Las cuatro paredes empezaron a prolongarse hacia arriba, muy arriba, como buscando el cielo que apenas puedo ver desde aquí dentro, muy adentro. Me pregunto si existirá algún punto en el espacio donde las paredes lleguen a tocarse y dejen de estar enfrentadas las unas a las otras. En mi sueño el techo dejó de ser techo y se hizo suelo. Más adelante, cuando el sueño cambia tanto que es otro sueño diferente pero dentro del mismo, un gusano conseguía atravesar el interior de una de las paredes, creando un espacio de movimiento con la forma de un agujero. El agujero no era simplemente un hueco. Era la infraestructura que permitía que el gusano se sostuviese en su movimiento hacia delante. El gusano se ajustaba al agujero y el agujero se ajustaba al gusano. Y yo estaba ahí sin estar, en esta relación en movimiento, dentro del agujero, temiendo ser aplastada dentro de un parásito de la materia. Salí del sueño dándome cuenta de que un agujero es una pared dentro de otra. Y ahí estaba yo de nuevo, en un agujero de cuatro paredes.

Desde hace años me pregunto si las casas podrían ser de otra manera. Todavía no sé que forma tendría esta “otra manera” porque mi imaginación está demasiado sujeta a la realidad. Siento que es una pregunta que no solo tiene que ver con las casas, sino también con las relaciones o las formas de organización social. Hay una intromisión del lenguaje burocrático, también arquitectónico, en el lenguaje del amor y los afectos que me preocupa bastante: contratos, espacios, (de)marcación de límites, equilibrios de fuerza, sistemas de pesos, cesiones, encajes, estructuras, límites, fronteras y barreras. Y me pregunto hasta qué punto el lenguaje es uno de los muchos obstáculos para sentir y hacer de otra manera. La casa también es el lenguaje del amor. De un tipo de amor. Del que construye paredes gruesas entre el nosotros y el resto. Incumplir su mandato está penalizado en el lenguaje con definiciones a la contra, desde la falta. Desde la norma y no desde el deseo-otro. Y me pregunto si hacer casa, hacer hogar, podría consistir en crear un dialecto común y no tanto en espaciarnos en lugares comunes ya consolidados.

Sonia Fernández Pan



Una estancia de 20 m² con una ventana de madera al pasillo, de 167 x 87 cm y dos hojas con contraventanas interiores y rejas exteriores, frente a otra ventana cerrada, una claraboya.

No me gusta ser la nueva aunque creo que es peor ser una turista. La nueva tiene excusa, está en periodo de adaptación. La turista no tiene remedio, está de paso, no tiene tiempo para manejar los detalles y a veces ni las normas. Esas son las que tiran su mierda al suelo que me da un asco, lo ponen todo perdido. Bueno aquí al menos no soy la única nueva, hay cuatro como yo, con la masilla a la vista bien fina y suave. La que trabaja a mi lado a la derecha me pone un poco nerviosa porque está siempre callada, pero no la juzgo, yo tampoco hablo mucho. Aunque me fastidie admitirlo, estos días solo estoy pendiente de ti.

Te he visto llegar por el pasillo desde la ventana, exactamente desde el sexto cuadradito de la última fila de la reja. Ese es mi hueco para mirar afuera porque con tanta puerta no veo nada. La puerta de la entrada más las dos puertitas de la ventana que es viejunísima, colapsan cuando todas están abiertas y mi campo de visión se limita a la parte del medio de la reja de la ventana. Al principio pensé que el enrejado me iba a dar claustrofobia pero que va, me entretiene mirarlo. Me imagino que cada cuadradito es una foto que tomo desde dentro y cómo se vería si la arrancara de su marco. Sería una foto de la textura de la pared de enfrente, de la textura y los cables, de la oficina que veo cuando tienen la puerta abierta o cuando viene gente de visita, la misma puerta cerrada y tú.

Tú eres siempre una foto movida, a veces un primer plano. Hoy llevas los vaqueros grunge que te trajo tu madre de Londres y la camiseta de Nirvana. Según te acercas a la puerta me pongo a lo mío, no te vayas a creer que te espero. Dejo que tú abras la puerta. Cuando apareces en el espacio repaso mentalmente lo que te voy a decir pero no te lo digo porque me das un poco de miedo y se me acumulan las palabras en la punta de la garganta y pienso que voy a llorar en vez de hablar y paso. No quiero llorar delante de ti que seguro que luego me mandas al carajo como cualquier cosa inútil.

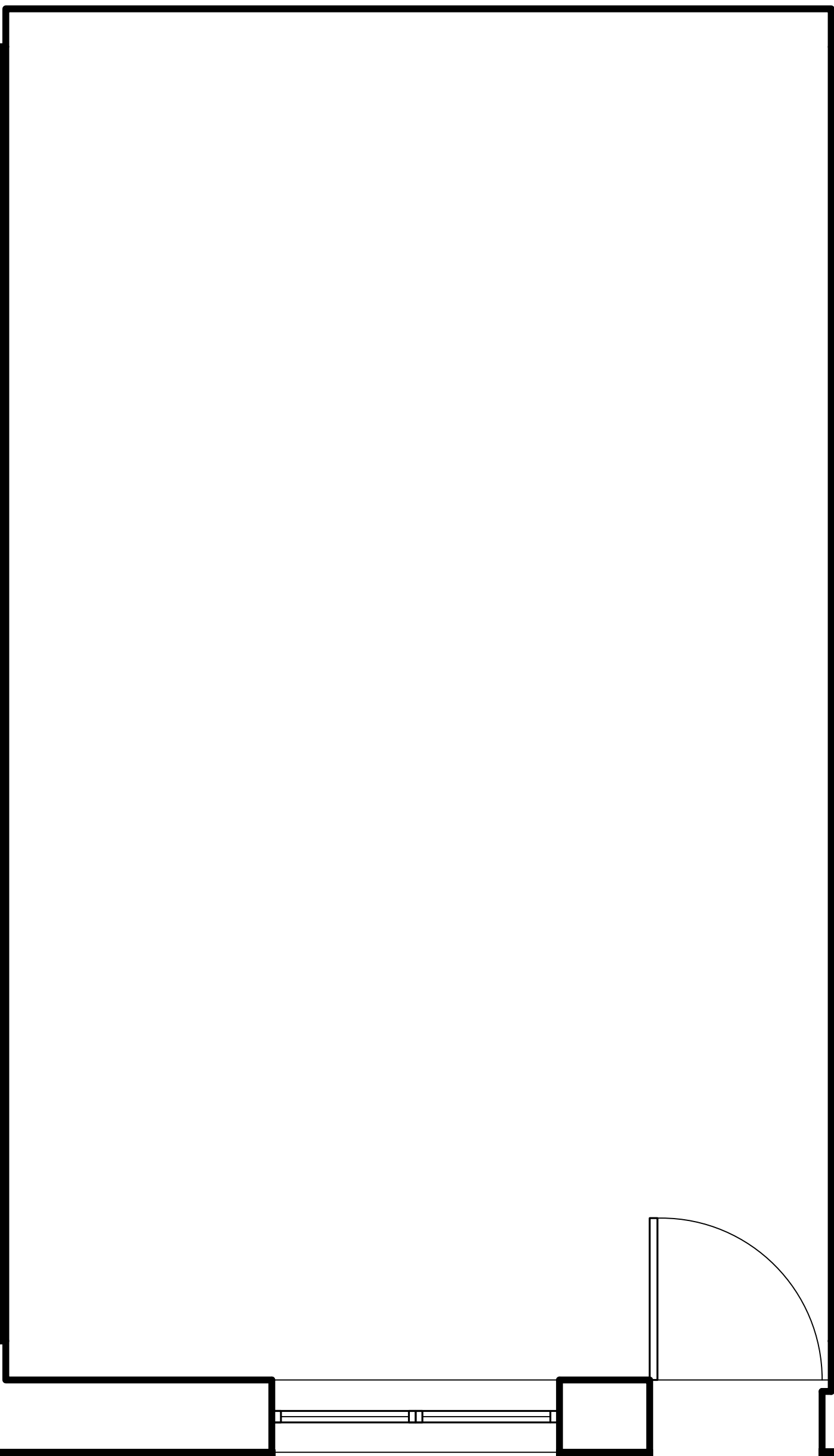
A los pocos minutos te vas con lo que quieres, como siempre. No te quedas porque te he dado un codazito como diciendo que te vayas ya. Me miras una vez más desde la puerta pero te ignoro. Me hierve la sangre por dentro. Ojalá te hubiera dicho que me dejes en paz para siempre, que no quiero que vuelvas. Cuando te has marchado entornando la puerta mi mirada ha volado inmediatamente al sexto cuadradito de la última fila de la reja para verte andar por el pasillo con tus jeans cagaos mientras los rayitos de sol que se cuelan en el pasillo por la mañana te queman el cogote y te dibujan un pequeño halo como de angelito de cuadro de iglesia. La verdad es que te podía haber invitado a que te quedaras un poco más, aunque seguro que habrías dicho que no, que qué oscuro está aquí y que tienes mucho trabajo. No tengo mucho que ofrecer pero te habría hecho un

huequito aquí en mi esquinita donde nos podríamos haber echado la siesta juntas y creo que hasta podríamos haber jugado a hundir la flota imaginario en la rejilla.

Echo de menos los cuerpos, como al principio cuando solo estaban Luz, José Luis, Fernando y Jorge. Todo estaba lleno de polvo y no se sabía bien cómo iba a quedar. En esos momentos hay gente por todas partes y los roces pasan todo el rato. Nadie se enfoca en ellos porque están trabajando pero nosotras sí – las nuevas digo. Nosotras lo sentimos todo, yo diría que por dos: por los cuerpos ocupados de los obreros y por nosotras. Tampoco nadie parece escuchar la música de la radio que se cuele entre los ruidos de la obra pero nosotras sabemos las letras de todas las canciones de reguetón. A ellas les daría vergüenza admitir esto pero a mí no.

Ya son casi las tres, queda poco para cerrar, y yo sigo pegada al sexto cuadradito de la reja aunque sé que no vas a volver. Después de ti vino otra gente pero me dieron un poco igual. La nueva que trabaja a mi izquierda se queja de que ni el galerista le hace caso pero es que está siempre intentando llamar la atención de manera desesperada. A mí lo que me gusta es mirar a la gente desde mi rejita, sobre todo los que se paran a hablar en el pasillo y se saludan con un abrazo, que ahora parece más seguro que los dos besos.

Aunque el otoño está a la vuelta de la esquina, hace muchísimo calor y aquí todo el mundo está hinchado. Cuando ya han cerrado y el sol se ha ido, la que peor lo pasa es la puerta. Cruje que parece que se va a desencajar. A mí me da pena porque cerrada se la ve como obligada a parecerse a nosotras y creo que ella está feliz cuando está abierta y la gente pasando. La verdad es que es muy graciosa así tan estrechita, parece que la hicieron para que por ella solo pudiera pasar una persona, algunas de lado, o que no la terminaron bien y le falta un trozo. La admiro porque por ella mañana vuelves tú.



Una estancia de 21 m² con una puerta de madera de 193 x 70 cm, dos ventanales de retícula de cristales de 155 x 96 cm y 95 x 96 cm a un patio, dos aberturas redondas de unos 50 cm de diámetro, un hueco, una claraboya, un par de goteras.

Un marco, una sala, una habitación. Un espacio plural. Un espacio cargado de infinitos espacios. Cargado, como se carga un cuerpo de electricidad, de potencial de atracción y repulsión, de composición de nuevas realidades. Necesitamos cómplices para empezar a pensar con ellos la carga de este espacio. Por ejemplo, David Lapoujade y un texto que desde su título, “Las existencias menores”, nos invita a atender a frecuencias invisibles y a vibraciones inaudibles. Nos habla de los virtuales, una nube de “comienzos, esbozos (...) que no existen y tal vez jamás existirán” pero traen consigo “la aparición de un abanico de nuevas posibilidades”. Invocan un arte específico para “existir más y de otro modo.” Al escribir sobre estas “promesas arquitectónicas que lo virtual deja entrever”, Lapoujade está leyendo a Étienne Souriau, un filósofo francés que a mediados del siglo XX clasificó todos estos modos de existencia. Como un Lineo que no hubiese temido la paradoja. Leyendo a otros enlazamos mundos, componemos solidaridades y continuidades. De aquello iba la potencia de un cuerpo, ¿no? De articular su entrelazarse en común, pura arquitectónica, pura política... Pese a divisiones y otros cortocircuitos.

Esos esbozos y esas continuidades amplían el espacio (también este número 5). Gilles Deleuze y Félix Guattari hablaban del arte como aquella práctica capaz de ampliar el repertorio de variedades afectivas a nuestra disposición. Y toda variedad afectiva es una variedad espacial, una ecología de relaciones, signos y trazas entre todas aquellas realidades que conforman los cuerpos múltiples que habitamos. Esta variedad espacial, esa carga, le confiere una extensión que se escapa de los v-e-i-n-t-i-ú-n-m-e-t-r-o-s-c-u-a-d-r-a-d-o-s de una sala. No hay metros ni órdenes o normas que puedan dominar ni aquietar la interferencia de los virtuales vibrando en torno. Esta niebla de comienzos y continuidades se ofrecen para su *realización*, para seguir tirando del hilo. Ocultan incluso esos ojos, ahí arriba en el muro, que la primera vez creíste ver tan nítidos.

Un espacio cargado de espacios *otros* está igualmente cargado de infinitud de textos. De posibles palabras que lo habiten, que lo indiquen, que nos tracen conjuntamente a los cuerpos allí presentes, orgánicos o no. Textos que, como en los relatos de la novelista (y gran arquitecta menor) Ali Smith, se preocupen de cómo ser *ambxs*, o incluso *muchxs* al mismo tiempo. Palabras y presencias que van cambiando, entrando y saliendo de sí mismas. Narraciones que están escribiéndose desde la simultaneidad de su propia metamorfosis, donde *unx* es siempre (ya) *otrx(s)*. Escritura desde la conjunción “y” como hace Smith & donde una puerta & los sonidos del patio & la sonoridad propia de una exterioridad mutualizada & los pequeños ecos &

los trazos de voces distantes & los trazos de voces vecinas & un hueco & otro hueco & la mano que pinta de rojo un suelo & una rejilla cuya edad le impide encajar del todo & dejar grietas & quién sabe a dónde llevan... En *The blindfold*, Siri Hustvedt construye una historia en torno a la vibración de unos objetos que aún contienen las prácticas—sus ecologías de movimientos, gestos y contactos—de quien los usó en el pasado. Son objetos que aún recuerdan, están cargados. En *El cuarto de atrás* (eco), Carmen Martín Gaité atraviesa tiempos plenos de espacio, enlazándolos a través de la fantasía, ese arte de difuminar los bordes y mostrar que lo que parecía X, mmm, realmente era lo que antes no era. Aquí a mi lado, un niño de ocho años abandona los videojuegos y reclamos del iPad en sus manos para abrir en su lugar un programa de dibujo. No tarda más de unos minutos en dominar su funcionamiento, lienzo, pinceles, colores, grosores, la goma. Nace una metamorfosis de sus dedos y durante varios días se va transformando, pinta encima, tapa y reinventa, descubriendo formas ocultas y habitantes inesperados. La historia evoluciona y los primeros moradores van disolviéndose para dar paso a otros, pero aquellos siguen ahí, afectando el presente en su virtual presencia. Así se conforma también este texto, este espacio, ambos hechos a base de múltiples tiempos, prácticas y cargas ampliándose mutuamente.

Al fondo, en primer plano, el ruido de un vecindario, que habita entre estas líneas, como habitan nuestros interiores *toctx* *aquellxs* que nos son *próximxs*. Enredándose con esta multitud, este texto va tomando forma mientras el espacio número 5, con esa puerta (al) final del lugar, o quizá en otro principio, convoca consigo a los espacios del otro lado. Presentes como fantasmas. Se nos olvida a menudo, triste descuido, el poder arquitectónico de estas otras existencias menores. Los escuchamos poco, pese a lo mucho que hacen. Así, se hacen presentes y activos en sus dimensiones, no tanto físicas como narradas, aquellas que lo(s) trajeron hasta mí: “1r espacio, puerta a la calle”, “2o espacio, ventana al pasillo”, “3r espacio, ventana al pasillo”, “4o espacio, ventana y puerta al pasillo”. Durante semanas viajo con este espacio alrededor mío, forma parte de mi espacialidad propia, carga de potenciales flecos y enganches *con/desde* los que tramar nuevas formas comunes. Esa es la tarea ante la división, siempre ficticia y temporal. Doy un golpe con mis nudillos. TOC. Suena el eco en ese interior misterioso entre espacio y espacio que nadie ve pero que amplifica el sonido. Al cabo, otro TOC responde, *luego somos...*

Lucía Jalón Oyarzun

